

## En los Centros de Estudios (Think Tanks)

## ¿Gerencia o Gobierno?: Lecciones de las municipales

El ex alcalde Labbé dijo en su discurso de derrota: "Venció la comunicación y no la gestión". En efecto, la carrera por Providencia la ganó no un programa o una consecuencia política, sino la capacidad de construir un discurso en oposición a una imagen. Y pasó para mucha gente esto de que "no ganaron los que yo quería, pero perdieron los que quería que perdieran". Algo que en un contexto de permanente alegato por la crisis de la legitimación de los políticos es a todas luces un avance: al menos pierden los que la gente quiere que pierdan.

Este fenómeno lo vislumbraron las encuestas del ICHAM cuando, ya en 2011, revelaban que, a pesar de que la mayoría de las personas evaluaba bien la gestión de los alcaldes, prefería que el jefe comunal fuera otro. Esto terminó materializándose en una posición política de inscripción automática y el voto voluntario. ¿Por qué?

## DANIEL FLORES

Instituto de Estudios Municipales-U. Autónoma

Porque no se trata de gerencia ni de comunicación, sino todo lo contrario: de representación. La municipalidad no es una empresa ni una productora de eventos. Una persona puede vitrinear hasta encontrar lo que le gusta, pero si los vecinos de una comuna tienen problemas, no pueden ir a una municipalidad ajena a resolverlo. Solamente pueden ir a su municipio. Las personas no son consumidores, son ciudadanos. Y la municipalidad no es una empresa, es el Estado.

Asimismo, la municipalidad no puede ofrecer cajas de mercadería si lo que sus vecinos quieren, por ejemplo, es mejorar la atención primaria. Lo primero, en realidad, puede hacerlo, pero cada vez menos, gracias a la nueva estructura de votación, que incentiva la



**"Las personas no son consumidores, son ciudadanos. Y la municipalidad no es una empresa".**

participación de los más involucrados. Cada vez más las personas en un municipio dejarán de ser usuarios y serán, por fin, nuevamente ciudadanos.

El coronel Labbé tiene razón. Y las pérdidas en la Alianza de varios alcaldes-administradores emblemáticos lo reafirman: la municipalidad dejará de ser vista como una organización a «gerente» y se la percibirá como un espacio público a gobernar democráticamente. Lo dicen nuestras encuestas: las personas prefieren hablar con sus gobernantes de sus sueños y expectativas, antes que de sus problemas. Quieren que las escuchen. Luego, "hacer las cosas bien", atender "los problemas de la gente", hacer campañas vacías, regalar anteojos para leer ya no es ni será suficiente para ser electo. Ahora que nadie está obligado a votar, la gerencia pasó de moda, el marketing también y la representación... la representación, la lleva.

## Los desafíos del debate en las elecciones municipales

La descentralización no ha dejado de aparecer como una respuesta para enfrentar los desafíos del desarrollo en los países de la región: en lo político, profundizando y perfeccionando la democracia; en lo social, incluyendo a todos los sectores en el diseño de oportunidades que mejoren su calidad de vida, y en lo económico, facilitando y promoviendo la competitividad de los territorios.

Si acercar el poder de decisión a las personas resulta tan lógico y eficiente, y si además desde hace ya más de dos décadas los distintos gobiernos han abierto espacios en este sentido, ¿qué explica un escenario de elecciones municipales como el que vivimos, en donde pareció no haber existido un debate en torno a los desafíos del desarrollo local? ¿Dónde expresa la ciudadanía sus demandas, si no es en su entorno público más directo, el municipio?



## MARÍA JOSÉ ALLENDE P.

Investigadora Centro de Estudios y Análisis de la Gestión Pública Universidad Mayor

Múltiples y probables respuestas sugieren que el problema radica en la desconfianza de la población respecto de autoridades locales realmente capaces de interpretar las necesidades de su desarrollo, y de los propios candidatos en relación a comunidades demasiado «cómodas» respecto de sus deberes cívicos.

Sin embargo, este breve análisis no basta. No es suficiente señalar la desconfianza como la principal explicación del débil debate constatado; resulta necesario volver a instalar un modelo que aporte sustento a las demandas locales, de modo tal que los liderazgos territoriales vuelvan —y puedan— soñar en conjunto con la comunidad los proyectos que necesitan

**"¿Qué explica un escenario donde no hubo debate en torno al desarrollo local?"**

para mejorar su calidad de vida, transformándose en protagonistas de su propio desarrollo.

Optar por un modelo de desarrollo basado en la descentralización tiene fundamentos tecnocráticos: la descentralización es instrumental respecto a la eficiencia en el proceso de toma de decisiones; democráticos, como ejercicio concreto de participación ciudadana; económicos, generando ahorros en el gasto público, al traspasar al nivel subnacional, sector privado o comunidad la gestión de ciertas políticas públicas y de bienestar, en tanto mejora la calidad de vida de los habitantes de territorios pequeños, acercando las decisiones a sus problemas y demandas.

Tal vez si volvemos a poner en el eje del debate aquello que las autoridades locales efectivamente decidirán, volvamos a encantarlos con nuestra participación política en unas próximas elecciones municipales.

¿Integrados, decepcionados u *outsiders*?

¿Por qué si para esta elección se dieron todas las condiciones para favorecer la participación: inscripción sin costos personales (ni para inscribirse ni para no votar); cercanía del tema a resolver (la vida del barrio); amplia variedad de opciones (nunca tantos candidatos y listas a concejales), como nunca la gente se quedó en su casa?

Para conocer más a quienes se abstuvieron, y a falta de mejores instrumentos, utilizamos aquí la última encuesta CEP. Asumimos que aquellos que se identifican con un partido son probablemente los que votaron el domingo (39%). Si sumamos a los que por lo menos se identifican con alguna de las coaliciones tradicionales, el porcentaje sube a 47% (si restamos del padrón aquellos que no tenían opción de votar, como los nacidos y residentes en el exterior, se puede estimar la participación en un 43%).

Pero el grupo que no se identifica con nuestro sistema de partidos no puede ser tratado en bloque. Para el análisis, asumimos la existencia de dos tipos diferentes: los mayores de 42 años,

## WILLIAM PORATH C.

Facultad de Comunicaciones UC

que muy probablemente se inscribieron algunas vez (tenían 18 para el plebiscito) y luego dejaron de votar (serían los decepcionados del sistema, un 29%). Y los menores de 42, que muy probablemente nunca se inscribieron (los *outsiders*, cerca de un cuarto de la población).

Al analizar las opiniones de estos tres grupos, no hay sorpresa en las preguntas de evaluación política: los integrados al sistema dan opiniones que representan los resultados de la elección municipal, mientras que entre los otros dos sobresalen los que no saben/no responden y la desafección.

Pero en otros temas se ven algunas diferencias entre decepcionados y *outsiders*: los primeros tienden a parecerse a los integrados y los segundos a mostrar su propio perfil. Mientras integrados y decepcionados muestran prioridades similares para el problema más importante del país, para los



**"El voto duro de los integrados es más concertacionista que otra cosa".**

*outsiders* la pobreza no está entre sus prioridades y la educación no les importa más que al resto. Tampoco destaca su preocupación por el medio ambiente. Si les importan levemente más la delincuencia y en parte la inflación.

En otros aspectos, los *outsiders* son más bien anodinos: creen mayoritariamente que la actual situación económica del país y la propia no es ni buena ni mala, y con más fuerza aún, que no cambiará en los próximos 12 meses. Pero en otro punto son más drásticos que la media: se muestran más desconfiados del gobierno de Piñera y tienden a tener la peor evaluación de su labor.

Los *outsiders*, además, son el grupo que menos menciona a Golborne como futuro Presidente, pero, claro, son al mismo tiempo los que menos opinan al respecto (28% no lo hace). Bachelet, la respuesta políticamente correcta, es la más nombrada aquí (47%), al igual que en el resto de la población. El dilema es más difícil para la Alianza: el voto duro de los integrados, como ya se demostró, es más concertacionista que otra cosa.